

CUARESMA / 6

La cobardía de Pilatos y la condena de Jesús

ECCLESIA

24_03_2023



Publicamos a continuación el sexto texto (aquí el *primero, segundo, tercero, cuarto y quinto*) tomado del Comentario del Padre Cornelio a Lapide (1567-1637) centrado en la Pasión según el Evangelio de San Mateo. Los comentarios del jesuita y exégeta Cornelius a Lapide, destinados sobre todo a ofrecer ayuda a los predicadores, son preciosos porque contienen numerosas citas de los Padres de la Iglesia y otros exegetas posteriores.

Pilato les dijo: ¿Qué haré entonces con Jesús, llamado el Cristo? Todos dijeron: ¡Sea crucificado! (Mateo 27,22). “Pilatos -dice San Juan Crisóstomo- pone el asunto en sus manos, para que todos se atribuyan a su clemencia, para arrastrarlos y ablandarlos con su servilismo, pero todo en vano. Porque los sumos sacerdotes ya habían decidido insistir en la crucifixión, no sólo como la más cruel, sino también la más ignominiosa de las muertes, la muerte de los ladrones y otros malhechores. Porque esperaban de esta manera destruir todo su antiguo crédito y reputación”. Así dice San Juan Crisóstomo: “Temiendo que su memoria pudiera ser recordada, eligieron esta muerte vergonzosa, sin saber que la verdad, cuando se obstaculiza, se manifiesta más plenamente”.

Y el gobernador les dijo: Pues, ¿qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aún más (con veemenza, περισσῶς), diciendo: ¡Sea crucificado! (Mateo 27,23). Cuanto más insistía Pilato en su inocencia [la de Jesús], más clamaban por su crucifixión, “no dejando de lado su ira, odio y blasfemia, sino incluso añadiéndole algo” (Origen). Así se cumplió la profecía de Jeremías [12,8]: “Mi heredad (la sinagoga) es para mí como león en la selva; rugió contra mí; por tanto, la aborrecí”; y David (Salmos 22,13): “Abrieron sobre mí su boca. Como león rapaz y rugiente”; e Isaías [cf. 5, 7]: “Esperaba juicio, y he aquí vileza; justicia, y he aquí clamor” (Así S. Girolamo).

Y viendo Pilato que nada adelantaba, antes se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo (Mateo 27,24). ἀπενίψατο. “Él adoptó -dice Orígenes- la costumbre judía, y quiso calmarlos, no sólo con palabras, sino también con hechos”. Se lavó las manos, pero no la conciencia. Pero esto sucedió después de la flagelación y coronación de Cristo (ver San Juan). Aquí una transposición.

Diciendo, soy inocente (ibidem). Lo condeno contra mi voluntad. Ustedes son los delincuentes. Eres culpable de Su muerte. ¡Qué insensato fue este gobernador tímido, sin corazón y perezoso al hablar así! ¿Por qué no te opones a la injusticia del pueblo? “No intentes ser juez, si no puedes con tu poder romper las iniquidades”. Otra vez liberaste a los soldados y a la multitud rebelde (Flavius Josephus, *Guerra judía* 18,4); ¿Por

qué no actúas con tanta firmeza ahora? Si por la ira de los judíos no puedes librarlo ahora, al menos pospone tu sentencia hasta que la ira se calme.

San Juan Crisóstomo (en Lucas 23,22) dice: “Aunque se lavara las manos y dijera que era inocente, sin embargo su permiso fue señal de debilidad y cobardía. Porque nunca debió abandonarlo, sino salvarlo, como el centurión con san Pablo” (cf. Hechos 21, 33). San Agustín de manera más fuerte (Serm. 118, De Temp.): “Aunque Pilato se lavó las manos, no lavó su culpa; porque, aunque pensaba lavar la Sangre de aquel Justo de sus miembros, su mente aún estaba manchada por ella. Fue él, en efecto, quien mató a Cristo, entregándolo para que lo mataran. Porque un juez firme y bueno no debe condenar sangre inocente, ni por miedo ni por riesgo de ser impopular”. Y San León (Serm. 8, De Pass.) decía: “Pilato no escapó de la culpa, porque poniéndose del lado de la multitud turbulenta se hizo socio de otros culpables”.

Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos. (Mateo 27:25). Deja que la culpa que temes se transfiera de ti a nosotros. Si hay alguna culpa, que nosotros y nuestra posteridad la expiemos. Pero no reconocemos ninguna culpa y, en consecuencia, no temiendo ningún castigo, lo invocamos audazmente sobre nosotros mismos. Y así se sometieron no sólo a sí mismos, sino también a su descendencia, al desagrado de Dios. Lo sienten de verdad aún hoy, en toda su fuerza, al estar esparcidos por todo el mundo, sin ciudad, ni templo, ni sacrificio, ni un sacerdote, o un príncipe, y ser una raza sometida en todos los países. Fue también como castigo por la crucifixión de Cristo que Tito ordenó a crucificar a quinientos judíos todos los días durante el asedio a Jerusalén, mientras se agolpaban fuera de la ciudad en busca de comida, “de modo que finalmente no hubo lugar para cruces, y ninguna cruz para los cuerpos” (Flavius Josephus, *Guerra judía* 6,12). “Esta maldición -dice Jerónimo- recae sobre ellos hasta el día de hoy, y la sangre del Señor no les ha sido quitada”, como había predicho Daniel (9,27).